



La Virgen Milagrosa

Catalina Labouré, proclamada santa en 1947 por el Papa Pío XII, dijo haber sido testigo de muchas apariciones a lo largo de su vida. La primera cuando ella era una adolescente, cuando San Vicente de Paúl se le apareció en un sueño para invitarla a unirse a su Compañía de las Hijas de la Caridad. Durante el noviciado tuvo otras apariciones, de Jesús presente en la Eucaristía más allá de las apariciones del Pan, y como Cristo Rey crucificado, despojado de todos sus ornamentos. Mantuvo estas apariciones ocultas durante toda su vida, contándoles a punto de morir sólo a su confesor.

Las apariciones más famosas, por las que se recuerda a Santa Catalina, son sin embargo las de la Inmaculada de la Medalla Milagrosa. Tuvieron lugar en julio y noviembre de 1830, en la Capilla del Noviciado. El 18 de julio de 1830, Catalina había rezado fervientemente para que Jesús le concediera cumplir su gran deseo de ver a la Santísima Virgen.

A las 11:30 pm, se despertó, sintiéndose llamada por su nombre, y vio a un niño misterioso al pie de la cama, pidiéndole que se levantara. "La Santísima Virgen te espera", le dijo el niño, irradiando rayos de luz mientras se movía. El niño, a quien Catalina identificó como su Ángel de la Guarda, la acompañó a la Capilla, donde la Virgen la esperaba sentada a la derecha del altar. Catalina contó: "Entonces, di un salto hacia Ella, poniéndome de rodillas sobre los escalones del altar y con las manos apoyadas sobre las rodillas de la Santísima Virgen. Fue el momento más dulce de vida. Me sería imposible expresar todo lo que sentí."



La Santísima Virgen me dijo cómo debía comportarme con mi confesor y muchas otras cosas”.

Hablando de la apariencia de la Virgen, Santa Catalina se esforzaba por encontrar las palabras: *“La Virgen estaba de pie, vestida de blanco, estatura mediana, el rostro tan bello que me sería imposible decir su belleza. Llevaba un vestido de seda blanco-aurora, hecho, como se dice, “al estilo virgen”, sin escote, mangas lisas. La cabeza cubierta con un velo blanco que le descendía por ambos lados hasta los pies. Debajo el velo llevaba el cabello partido y liso bajo una especie de pañoleta, guarnecida de una puntilla de dos dedos de anchura, sin fruncido, ligeramente apoyada sobre el cabello, el rostro muy descubierto. Los ojos tan pronto levantados hacia el cielo como bajados. Los pies apoyados sobre una esfera, es decir, la mitad de una esfera, o al menos a mí me pareció la mitad”.* La Santa dijo que se había arrodillado ante la Virgen y que había puesto sus manos sobre sus rodillas, en reverencia.

La ocasión en que la Santísima Virgen le encargó a Catalina que obtuviera la Medalla Milagrosa acuñada, fue la segunda aparición, que tuvo lugar el 27 de noviembre de 1830, alrededor de las 05:30 pm. La Virgen le dijo que esa medalla hubiera sido un signo de amor, una promesa de protección y una fuente de gracia para todos aquellos que hubieran confiado en ella.



Siempre Nuestra Señora le mostró a Catalina cómo debería ser esta medalla. Catalina contó que, en la aparición, los pies de María descansaban sobre un medio globo, que simbolizaba el globo terráqueo, y aplastaban la cabeza de una serpiente verdosa moteado de amarillo. Las manos de la Virgen estaban adornadas con anillos tachonados con piedras preciosas que proyectaban rayos de luz de diferente intensidad y color hacia abajo. Nuestra Señora le explicó a Catalina que esos rayos eran: *“el símbolo de las gracias que yo derramo sobre cuantas personas me las piden”.*

Luego, Catalina vio una especie de marco ovalado alrededor de la Virgen, y una inscripción que se extendía desde la mano derecha de María hacia la izquierda, formando un semicírculo de palabras escritas en letras de oro: *“Oh María sin pecado concebida, ruega por nosotros que recurrimos a Ti”.*